

Edmund Wilson: una celebridad en su mesa de trabajo

Elizabeth Hardwick

Este ensayo, en torno al estudio de Jeffrey Meyers: *Edmund Wilson. A Biography* (1995), apareció originalmente en la entrega del 8 de mayo de 1995 de la revista *The New Yorker*. Traducción de Antonio Saborit.

A Edmund Wilson, uno de los grandes hombres de letras de Estados Unidos, en ocasiones se le recuerda como una persona autocrática e intimidatoria. Mi propio recuerdo, que no es de los más íntimos, es el de un caballero alegre, risueño, corpulento, que vestía buenos trajes cafés y bebía martinis dobles. Como crítico literario y cultural, Wilson sacó más de dos docenas de libros sobre una variedad impresionante de temas. Y aparte de eso, parece que se han reunido y publicado todos los apuntes de sus diarios, memorias y cartas. Wilson escribió sobre sí mismo, sus amigos, sus esposas, sus romances, sus días y sus noches —transformando en ocasiones sus observaciones en relatos o ensayos, pero más a menudo conservándolos simplemente en sus voluminosos apuntes diarios—. Como el autor dejó tan pocos huecos en el registro de su vida, no es sorpresa que la biografía de Jeffrey Meyers sea la primera que se le dedica.

Que en este caso se trate de una “primera biografía” es raro para el tan productivo Meyers: él ha escrito otras ocho, cuyos sujetos incluyen a Joseph Conrad, D. H. Lawrence, Robert Lowell y Katherine Mansfield. En este campo de estudio, cada nuevo estudioso tiene que explorar las tumbas faraónicas ya saqueadas en busca de alguna joya inadvertida por los ojos de piedra preparados para la eternidad; y lo anterior resulta cierto hasta para una primera biografía cuando el sujeto es un documentalista tan preciso como Edmund Wilson. Tal vez haya



una o dos cartas inéditas, cierto conocido sin entrevistar, alguna singularidad recordada vagamente por un desconocido que pasaba; o tal vez la compulsión por anatomizar la “vida” de un autor célebre sea más fuerte que cualquier deseo de novedad. La gestión de Meyers es una especie de gestión como de línea de ensamblaje, la cual mezcla las discusiones sobre los libros de Wilson con el calendario de los acontecimientos del tiempo. El juicio crítico lo dan las reseñas que yacen en el ático de las revistas y los periódicos.

Si Meyers ha sido el primero en llegar con la biografía de Wilson, hay otros que le siguen de cerca. El académico Lewis Dabney trabaja desde hace algunos años sobre Wilson, y se sabe que su trabajo está “autorizado”. No siempre es claro el significado de tal distinción. ¿Hay que pensar que se trata de algo semejante al sello de aprobación de la reina de Inglaterra en el jabón Pears? Para un biógrafo, la autorización al parecer indica el apoyo de la familia o de los herederos, y con ella el acceso a papeles, cartas, borradores, mementos y fotografías que no están al alcance de todo el mundo. Pero hoy en día los restos archivísticos de un autor famoso están en manos de bibliotecas o de otras instituciones de investigación, de suerte que están al alcance de académicos y de otras personas con buenas credenciales. Así que las biografías salen una tras otra. Aunque escribir biografías es algo absorbente, rara vez son una rica fuente de ingresos; pero si uno se pone a pensar a quién, exactamente, van dirigidos los esfuerzos de un biógrafo, la respuesta es siempre esta: al siguiente biógrafo.

W. H. Auden, George Orwell y T. S. Eliot son algunos de esos autores que han pedido que no se les haga una biografía. Son como los viejos vagabundos que salen en el camino en los relatos rusos gritando “¡Ten piedad de mí, buen amigo!”. La súplica al parecer no se ha oído como un grito pavoroso en la noche inminente sino como una impertinencia, como una provocación incluso. Cada uno de ellos tiene su biografía, y no una sino varias, con las “interpretaciones” de la vida de Eliot que van a dar inevitablemente con *Tom and Viv* en el escenario y en la pantalla. El escándalo —o los comportamientos imprudentes, cuando menos— está en la mayoría de las vidas, igual que los registros ancestrales. Sí ocurrió, ¿no es verdad?, ese momento inesperado o la indiscreción duradera. Y el biógrafo avanza, como bajo juramento para dar fe hasta del menor detalle sobre su sujeto. Desde luego, Wilson iba un paso adelante de sus biógrafos, registrando él mismo la mayoría de sus indiscreciones.

De vivir hoy, Edmund Wilson tendría cien años. Para celebrar este centenario se han organizado festejos, mesas redondas, evocaciones y ensayos críticos, y la biografía de Meyers es en sí misma un intento de conmemoración. Red Bank, Nueva



Jersey, fue la escena del nacimiento de Wilson, y se podría decir que él puso el pueblo en el mapa. Un tatarabuelo por el lado materno, en Kimball, se casó con una Mather de Nueva Inglaterra. El libro de Meyers comienza diciendo que los “ancestros [de Wilson] oficiaron en los altares del conocimiento y cometieron asesinatos en el nombre de Dios”. Es una frase con un giro impactante, pero escrita, aunque Meyers no lo diga, por el mismo Wilson, en una carta de 1922 a F. Scott Fitzgerald —circunstancia que parece ilustrar el poder infiltrativo de las autorrepresentaciones de Wilson—. Meyers sigue: “Descendía de Cotton Mather, un puritano del siglo XVII, divino y estricto cazador de brujas durante los juicios de Salem, y compartía muchas de las características de su eminente antecesor: el intelecto, el gusto por los libros, la habilidad lingüística, el temperamento, la energía, la productividad y la multitud de matrimonios”.

Wilson, en efecto, compartía el conocimiento y la enorme productividad de su ancestro y se las arregló para superarlo en el rubro de las esposas, con cuatro. Tal vez la entrada del libro de Meyers no sea tanto para indicar la lucidez intelectual de los dos, como para avisar al lector de “un estilo arrogante y de una agresividad en la polémica” cosanguíneos. Como haya sido, el temperamento de Wilson no era el de un habitante de la Nueva Inglaterra del siglo XVII, ni de la del XX, para sentir la atracción de la religión. “Te equivocas, y siempre te has equivocado, al pensar que yo soy en cierto modo cristiano”, le escribió en una ocasión a Allan Tate. “El cristianismo me parece la peor de las imposturas en las religiones que yo conozco”.

Wilson fue hijo único, pero tenía una populosa familia en conexiones. En su primer viaje a Europa, cuando tenía trece años, el grupo era grande, el cual incluía padres, tíos y tías, y primos. El diario en el que el niño registró la suerte de cada uno de ellos está impreso en su obra autobiográfica *A Prelude*, la cual le lleva hasta su baja del ejército en 1919. El *Edmund Wilson* (Houghton Mifflin, 1995) de Meyers sigue más o menos la organización cronológica que Wilson emplea en *A Prelude*.

Desde luego que Wilson alguna vez fue joven, pero no era muy parecido a otros jóvenes. Era desmañado y robusto, bajo de estatura (medía 1.65 ms.), e inmune a la atracción de los deportes de competencia. En The Hill School, en Pottstown, Pennsylvania, Wilson estudió latín, griego y francés —sin obtener calificaciones muy buenas, nos dice Meyers, aunque fincando las bases de su interés en las lenguas—. Fue a Princeton, donde escribió y estudió, e hizo amigos, sobre todo Scott Fitzgerald y el académico Christian Gauss. La vida social de Princeton se centraba en los “clubes de comida”. “Esos clubes son muy interesantes”, escribió Wilson en una memoria. “Como no jugaba billar o bridge, en la casa club yo no tenía nada que hacer más

Como haya sido, el temperamento de Wilson no era el de un habitante de la Nueva Inglaterra del siglo XVII, ni de la del XX, para sentir la atracción de la religión.

*Meyers dedica una gran atención lo mismo a los asuntos literarios que a los amorosos. En efecto, los logros de Wilson como crítico literario a veces se opacan por asuntos más controvertidos: su tormentoso matrimonio con Mary McCarthy, por ejemplo, o sus escritos sobre sexo, sobre todo en *Memoirs of Hecate County*.*

que irme a sentar, lo que llegué a hacer a veces en el invierno, frente a nuestra enorme chimenea y leer revistas y periódicos”. Raro como pudo ser, al parecer Wilson no se sentía como una persona rara ni padeció vergüenza o ansiedad por su naturaleza o por lo que él pudiera parecerles a los demás.

Meyers dedica una gran atención lo mismo a los asuntos literarios que a los amorosos. En efecto, los logros de Wilson como crítico literario a veces se opacan por asuntos más controvertidos: su tormentoso matrimonio con Mary McCarthy, por ejemplo, o sus escritos sobre sexo, sobre todo en *Memoirs of Hecate County* [*Memorias del condado de Hecate*, traducción de José M. Álvarez]. McCarthy escribió en sus propias memorias cómo detestaba el cuerpo y el alma de Wilson —un cuerpo y un alma con los que ella estaba bien familiarizada, pues en 1938 accedió a ser su esposa—. En sus narraciones, McCarthy disfrazó a Wilson en retratos satíricos, aunque la idea que ella tenía de los disfraces no va más allá de los lentes oscuros. Se divorciaron después de siete años, durante los cuales ella le dio un hijo y después de lo cual siguió escribiendo y tuvo dos maridos. Un matrimonio, por bien librado que se haya salido, queda en el recuerdo mucho más tiempo que una gripe; aún así, la preocupación de McCarthy con su matrimonio con Wilson es extrema. “Ella le siguió clavando alfileres, como si se tratara de un fetiche pagano, para exorcizar su influencia diabólica”, escribe Meyers.

No es que Wilson, en su autorretrato, salga como una criatura absolutamente encantadora. ¿En qué pensaba al volver a casa tras algún encuentro sexual y despertar a la mañana siguiente y anotar todo en su diario? Desde luego que pensaba en él mismo, el actor principal en el drama, el “Yo”. Sin embargo, la tarea de registrar una compañía sexual requería el “Yo” para representar las sensaciones de “ella”. De Frances —una ucraniana a quien conoció en un baile, y quien fuera modelo de Anna, el vaso de la sexualidad en *Hecate County*— escribió que el *cunnilingus* la hacía “desfallecer de placer”, y agregó sobre “su pequeña boca bajo los húmedos besos de mi boca y mi dedo en su breve, húmedo, coño frotando su punto más sensible”. La pobre de Frances le dio a Wilson una gonorrea al mismo tiempo que un autodesagravio; tal parece que Wilson nunca se dio cuenta de la notable habilidad para disimular que habían adquirido las mujeres golpeadas por la vida, como Frances —por no mencionar a las mujeres de buena cuna—. La voracidad etílica no podía ser un acompañante ideal para Eros, pero él, al menos, parece que la pasaba bien.

Memoirs of Hecate County, una obra de ficción, más o menos, apareció en 1946, unos meses antes de la boda de Wilson con la guapa, cosmopolita y fiel Elena Thornton. El libro, armado a partir de cinco relatos y una *novella*, estuvo prohibido durante

algún tiempo, pero sobrevivió, y tal vez todavía se lea por su propia reputación para lo lascivo, así como también por su genuino interés. Fue una obra extraña, por añadir algo a una ya larga e imponente lista de estudios literarios y culturales. *The Princess with the Golden Hair* [La princesa del cabello de oro, traducción de José M. Álvarez y Ángela Pérez] como se llamaba la *novella*, provocó un buen número de reseñas desfavorables aunque divertidas. La “princesa”, una remota y perturbadora belleza tipo pre rafaélita a quien desea el narrador, no provocó el mismo interés en muchos lectores, a pesar del completo catálogo de sus encantos, expuesto en una ocasión: “Su pequeño coño estaba enclavado tan profundamente que casi no tenía nada que ver con lo que ocurría, y ella me hacía moverme al hacer algo especial y gentil que, sin embargo, no hacía presión en ese punto, frotándose en cierto modo contra mí —y luego se venía, con un estremecimiento de autoexcitación—”. El término “clínica” se aplicó a la escritura sexual en la narración y también a los diarios de Wilson. Cyril Connolly pensaba que las fornicaciones tenían “una especie de monotonía insectívora”; Raymond Chandler dijo que Wilson se las arregló para hacer de “la fornicación algo tan aburrido como un itinerario de ferrocarriles”.

Otras dos tempestades alteraron la paz de la vida de Wilson. Una fue su batalla con el Internal Revenue Service [Servicio de Recaudación Interna], pues entre 1946 y 1955 Wilson no llenó recibos de honorarios. En 1958 recibió una noticia amenazadora del gobierno, y al año siguiente dio comienzo el sitio. Tal vez él sintiera que como independiente, autoempleado productor de bienes y todo lo demás, no fuera un asalariado, a quien se le exigía entregar una pensión asignada con gravosa regularidad. La idea de protestar por el uso de los impuestos de la nación para la guerra fría y otras “malas atribuciones” —como las describiría— acaso se le ocurrió más adelante, aunque su desprecio por el militarismo era sincero y vehemente. Aún así, el asunto fue una comedia en el sentido operístico, con un héroe distraído, desgredado, y unos bribones en busca de oro debajo del colchón.

Otra comedia, más interesante desde la perspectiva de la historia literaria y del desempeño personal, fue la polémica de Wilson con Vladimir Nabokov, su amigo por veinte años, sobre la traducción del ruso al inglés que hizo Nabokov del *Eugene Onegin* de Pushkin. Wilson había empezado a estudiar ruso después de su estancia en la Unión Soviética en 1935, y a finales de los años treinta practicaba con amigos ruso parlantes en Wellfleet, Massachusetts. Así que cuando Nabokov publicó su traducción en 1965, Wilson se sintió ampliamente calificado para juzgar este esfuerzo. (En *The Triple Thinkers* el propio Wilson tradujo “El jinete de bronce de Pushkin” “en prosa



sobre una base yámbica”). Al poco tiempo las páginas de las revistas se plagaron hasta el cansancio con las pontificaciones de Wilson y Nabokov sobre los rasgos fonológicos y las tradiciones prosódicas del ruso y del inglés, así como también sobre las cualidades personales y literarias de cada uno de ellos.

Veinte años antes, Wilson había reseñado un libro de Nabokov sobre Gogol —una de las obras más intensas y originales jamás producidas por un escritor sobre otro— con un grado generoso de aprecio y muy pocas reservas. Esas reservas son la clave de una diferencia irreconciliable entre la sensibilidad de los dos escritores. A Wilson le molestaban las “poses, perversiones y vanidades” de Nabokov, cuando esas “perversidades” —la cascada imaginativa de imágenes y diversiones— son la gloria de la escritura de Nabokov. Tras la aparición de *The Real Life of Sebastian Knight* en 1941, Wilson se sintió generalmente “decepcionado” de la obra de Nabokov. Diez años después, pasó por alto *Lolita*: “Me gusta menos que cualquier otra de las cosas que te he leído”.

Patrotic Gore arroja alguna luz sobre la insatisfacción de Wilson. El libro, un impresionante monumento en la cultura nacional de Estados Unidos, es un estudio sobre la literatura de la guerra civil, publicado por Wilson en 1962 tras años de trabajo. En un capítulo sobre la prosa en Estados Unidos, Wilson desarrolla el argumento de que la escritura abandonó los parámetros cultos del siglo XVIII, y que en la primera mitad del siglo XIX cayó en exageraciones deplorables y exhibiciones retóricas, surgidas de modelos como el sermón y el discurso. Son severísimos los elogios que hace Wilson del estilo prosístico de algunas de nuestras obras maestras, y lo mismo puede ser una condena del estilo de Nabokov:

No hay nada en las narraciones de Hawthorne que anime al lector: en el relato mismo de *La letra escarlata*, párrafos y frases, escritos tan deliberada y fastidiosamente, son tan flojos como la introducción con su retrato de la vieja aduana. El viaje del *Pequod* en *Moby Dick*, no obstante la variedad de incidentes y su evolución hacia un final dramático, es una construcción de bloques bien atados que hay que superar uno por uno; las grandes unidades de *Billy Budd*, aun más densas, la convierten en una de las obras más inapropiadas para leer en cama por la noche, pues es muy fácil perder la conciencia a la mitad de una de esas unidades.



En la opinión de Wilson, hizo falta la tragedia de la guerra civil para precipitar un rompimiento con la grandilocuencia y devolver a la prosa de Estados Unidos las virtudes de la sobrie-

dad, de la tersura y de la precisión. (Entre las obras que a él le parecen ejemplares de estas virtudes son los cuentos de Ambrose Bierce y el discurso de Gettysburg de Lincoln.) De hecho, las propias composiciones de Wilson son una maravilla de claridad y equilibrio, listas para expresar la enorme capacidad de su mente y de su experiencia, ya sea que el tema sea un libro, una obra de literatura, la revolución rusa o los rollos del Mar Muerto.

Tanto la fuerza como el límite de la sensibilidad crítica de Wilson tal vez estén mejor ilustradas por el capítulo sobre Charles Dickens en *The Wound and the Bow* [*La herida y el arco*, 1941, traducción de Marcelo Uribe]. Este ensayo se mueve entre el desafío de las novelas y de la vida de Dickens con una serenidad especulativa e indagatoria que resulta admirable de todo a todo. El título de la colección lo sugirió la obra de Sófocles, *Filoctetes*, y el tenor temático consiste en que los sufrimientos y los traumas en las vidas de los artistas tienen una conexión profunda con la liberación de la creatividad. En el caso de Dickens, la “herida” que Wilson explora es bien conocida: la familia pasó por tiempos difíciles, y al niño lo sacaron de la escuela y lo metieron a trabajar en una fábrica de grasa de zapatos —un cambio cruel, degradante y siempre dañino—. Aun cuando el mayor Dickens recibió un legado, la familia no sacó inmediatamente al niño de la fábrica y lo devolvió a la escuela —un lapso que él nunca pudo perdonar—. Esta “herida” en su juventud es vista de manera natural como la base para el odio de Dickens hacia la crueldad hacia los niños y su desprecio por las bellaquerías, los fingimientos sociales e intelectuales, la usura y la mentira —todos ellos corporeizados en un grupo de personajes, un ejército que invade Londres—. Estos personajes tienen sus opuestos en pequeños y a veces grandes personajes buenos, sufridores, generosos. De hecho, Wilson ve la herida de la infancia de Dickens como explicación precisamente de su dualidad, y de la inhabilidad correspondiente de Dickens para crear personajes con motivos mezclados.

Así que ahí está la “herida” pero ¿dónde está el “arco”, en el ensayo de Wilson, el estilo de Dickens? El lector no encuentra una sola palabra sobre el flujo imparable de adjetivos, metáforas y símiles del escritor. Y la falta de interés en la prosa ricamente metafórica es una limitación general del acercamiento crítico de Wilson. Más aún, no obstante el espíritu práctico de su método literario, Wilson podía ser impredecible, y nunca lo fue más que al abordar el *Finnegans Wake* de Joyce —otro idioma por aprender, por así decirlo—. El “virtuosismo en la confección” de Joyce se gana sus reproches, pero no importa: Wilson lleva a *Finnegans Wake* afecto y atención luminosos.

“La vejez me cayó sorpresivamente, como una helada”, dijo la reina Isabel I. Eso no fue lo que pasó con el pobre Edmund

Wilson ve la herida de la infancia de Dickens como explicación precisamente de su dualidad, y de la inhabilidad correspondiente de Dickens para crear personajes con motivos mezclados.

Wilson conoció a un gran número de personas distinguidas, y muchas se ligaron a él por su encanto, su conocimiento, su conversación; y ellos, a su vez, dan vida a las páginas de sus diarios.

Wilson, quien padeció doloroso y lento declive: males cardíacos, diabetes, artritis y un infarto. Sin embargo, siempre estuvo heroicamente en su escritorio, quejándose pero sin dejar de trabajar. En 1969 Wilson publicó *Upstate*, reflexiones sobre su vida en Talcottville, en el norte de Nueva York, donde estaba su querida casa ancestral, la vieja casona de piedra. La obra molestó a algunas de las personas retratadas en sus páginas —entre ellas Nabokov, en el momento en el que los dos escritores se acercaban a la orilla de los reproches— (un escritor de diarios no piensa que las personas con vida tal vez no deseen sentarse sin aviso para sus retratos como prisioneros bajo el control del carcelero). Wilson murió en 1972 en Talcottville, y fue cremado y sepultado en Wellfleet. Si sus cenizas quedaron en la tierra, encima de ellas había mucho por reunir y publicar: el testamento de una dedicación de toda la vida. Según escribió la primera hija de Wilson, Rosalind, al enterarse de su muerte Elena gritó: “¿Dónde están los diarios? ¿Dónde están los diarios?”

Los diarios de Wilson se publicaron póstumamente, editados y ordenados por décadas: *The Twenties*, *The Thirties*, así hasta llegar a *The Sixties*. Los diarios son un ejercicio fenomenal de energía creativa, intelectual y física, aún más admirables al ser el producto de alguien que todo el tiempo publicaba reseñas, ensayos y libros y que emprendía fatigantes viajes por todo el mundo. A lo largo de su vida, aquí y en el extranjero, Wilson conoció a un gran número de personas distinguidas, y muchas se ligaron a él por su encanto, su conocimiento, su conversación; y ellos, a su vez, dan vida a las páginas de sus diarios. Los diarios también muestran a un Wilson cosmopolita, un espíritu abierto que no era desplazado por la rudeza que a veces mostraba. Así, al escribir sobre su vida diaria entregaría muchas páginas a sus parientes lejanos los Munn, una vieja familia de granjeros cerca de Talcottville.

Los diarios no difieren en estilo de su obra profesional. De hecho, los artículos literarios, escritos para *The New Republic*, *The New Yorker* y otras revistas —reunidos en *Classics and Commercials*, *The Shores of Light* y *The Bit Between My Teeth*— no pierden nada si los pensamos como los diarios de un hombre de letras en su escritorio, con textos por revisar, la vida de un autor a la que hay que ponderar del mismo modo en que Wilson ponderó el enorme ejército de conocidos que pasaron ante él.

¿Qué lugar ocupan los diarios de Wilson en la historia de esa forma literaria? Se ha vuelto una especie de lugar común comparar los diarios de Wilson con los de los hermanos Goncourt. Como los de Wilson, los diarios de los Goncourt reunieron a un buen número de talentos —Flaubert, Zola, Gautier y Daudet, entre otros—; pero su escena es sólo París, que era en efecto el lugar en el que había que estar en aquel momento. Los escena-

rios son restaurantes —Magny’s, sobre todo— y otras “reuniones” típicas de la vida intelectual francesa. Y luego vino la graduación de los Goncourt, cuando se sumaron al salón de la princesa Mathilde Bonaparte. A diferencia de eso, Estados Unidos no ofrecía el restaurante como centro de reunión, o noches en casas ilustres, y ciertamente ningún salón. En Estados Unidos un salón es un lugar en el que arreglan el cabello.

Los diarios de Wilson trascendieron el sólo interés archivístico; ellos están entre sus principales logros. Para el biógrafo, sin embargo, representan un acertijo: por un lado son una fuente invaluable, pero por otro son un rival formidable. El autor vive en todas las páginas —un efecto que pocos biógrafos logran hacer con sus sujetos—. Jeffrey Meyers escribió un libro muy largo, casi quinientas páginas. Ahí hay mucho Wilson, y también hay mucho Meyers. Un buen número de ladrillos de hechos, ya sean laudatorios o destitativos, destruirán la fluida naturaleza de las vidas humanas, sin embargo los hechos son la materia de la biografía. Meyers reunió el vasto río de la obra y la vida de Wilson, incluidos todos los coqueteos, la bebida y la discordia marital. Pero no logró recrear en sus páginas el intelecto y el espíritu brillantes de su sujeto. Así que nos despedimos de la rara presencia en nuestras letras de un pensador y escritor irremplazable. Adiós, es decir, hasta la próxima, cortesía del profesor Dabney.

El alcance de la antropología social

J. G. Frazer

Éste es el texto de la cátedra inaugural de James G. Frazer (1854-1941) en la Universidad de Liverpool, leído el jueves 14 de mayo de 1908. Por ese tiempo Frazer trabajaba en el manuscrito de *Pysche’s Task* (1909), obra que corrigió, amplió y rebautizó en una posterior edición como *The Devil’s Advocate. A Plea for Superstition*, Londres,

